

CINCUENTA AÑOS SIN FRANCO

1

A perro muerto no siempre se acaba la rabia. Hace ya medio siglo que Franco, ese católico ejemplar que entraba bajo palio en las iglesias, entregó su alma a Dios. Y, como el Cid después de muerto, sigue ganando batallas. ¿Debemos hacer una novena laica para conmemorar que ese militarillo de escasos centímetros y la voz atiplada está recomido por los gusanos? Yahvé, el señor de los ejércitos, castiga el pecado de los padres hasta la quinta generación. Algunos recuerdan que la democracia comienza con la transición, pero olvidan que la transición se inicia con la desaparición del franquismo. Otros, en cambio, no advierten que al volver la vista atrás nos convertimos en estatuas de sal. Conviene recordar, pero también saber olvidar. O viceversa. Vincular a la derecha moderna, que algunos retrógrados llaman “blanda”, con la dictadura, o bien descalificarla sin más como “facha”, es no solamente una falsedad sino también una notable injusticia. Ahora bien, cuando un diputado de la extrema derecha, la que se dice “dura” y sin complejos, afirma sin ningún rubor en el Congreso: “Franco representa una etapa de paz y progreso para España”, ¿no es razonable que las nuevas generaciones, ignorantes de la historia reciente, conozcan lo que fue de veras el franquismo?

2

Tal vez Azaña fuese un intelectual, pero Franco, además de buena suerte, tuvo una mayor habilidad política. La muerte de Mola en accidente aéreo le convierte en la cabeza visible de la rebelión. Y José Antonio, con mayor carisma, es fusilado por los “rojos”. El “Ausente”, objeto de culto, deja de ser un rival que pueda hacerle sombra. Los nazis alemanes y los fascistas italianos le ayudan a ganar la

guerra, pero él no les paga con el mismo favor salvándose de la derrota. Sabia decisión, pues Hitler, vencido, se ve obligado a suicidarse y al Duce lo cuelgan brutalmente. ¡Qué distinto su final ! A la odiada Rusia envía por su cuenta y riesgo a unos muchachos con camisa azul y que regresan con los pies morados por el frío. Mientras, a los falangistas les impone el decreto de unificación, les deja cantar el “Cara al sol” y les da algunas cuantas migajas de poder como se lanza un hueso al perro para que se entretenga. Y a los monárquicos de don Juan les da largas: “ya veremos, ya veremos”. A la Iglesia le unta la mano para que se olvide del evangelio. Más tarde los tecnócratas logran que el trabajador, con un Seat 600 y una nevera, olviden que hay presos políticos en las cárceles (solamente los jóvenes, jóvenes al fin y al cabo, se deciden a correr delante de los grises). Y cuando al Generalísimo le llega la hora de rendir cuentas ante el Altísimo ¡cuatro décadas más tarde! se despide en la cama y recibe un funeral de Estado, heredero al secular trono vacante y con mitrado converso incluidos. Finalmente, millares de españoles, que poco después serán “demócratas de toda la vida”, hacen cola durante horas para darle, brazo en alto, su sollozante despedida. ¿A ese hombre se le puede llamar mediocre?

Muchos piensan que ser “católico de izquierdas” es una contradicción en sus términos. Ahora bien, la izquierda en la historia ha sido casi siempre más anticlerical que enemiga de quien dijo “bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia”. Si las raíces profundas de la Iglesia crecen con el martirio, no así cuando se pone bajo las alas de los verdugos para no ser ella misma también la víctima de otros verdugos. ¿Caídos por Dios... y por media España? En lugar de predicar la paz y la reconciliación en nuestra guerra, aún al precio de verter la sangre propia por las manos ajenas, se convirtió en la mochila de una de las dos Españas. Y la mochila se transformó en joroba. Ya no podían distinguirse apenas. El dictador rascaba las espaldas de los obispos y los obispos rascaban la espalda del dictador. Pero llega el Vaticano segundo ...

Un joven sacerdote y periodista, de la hornada del concilio, le hace una entrevista a un viejo cardenal, también periodista y anterior al concilio: “¿no cree – dice – que ya es hora de que la Iglesia adopte una actitud claramente hostil y combativa frente al Régimen de Franco?”. Y la respuesta del viejo cardenal y periodista es maquiavélica: “La Iglesia no se identifica con el Régimen, pero el Régimen permite hacer su labor a la Iglesia”. Y bien: si el Régimen permite hacer su labor a la Iglesia ¿no será porque la Iglesia no hace su labor? Ahora se comprende que para muchos españoles de izquierda ser “católico de izquierdas” sea una contradicción en sus términos.

Pablo Galindo Arlés

6 de enero de 2025